NOTAS EN TORNO A LAS NACIONALIDADES Y SU TRANSCENDENCIA POLITICA

Por ANDRES DE BLAS GUERRERO

Universidad Complutense

Dentro de los actuales problemas políticos españoles pocos habrán alcanzado, al nivel del estudio, un grado de apasionamiento semejante al del problema nacional. No es éste un fenómeno singular; mas aún, podría decirse que este clima intelectual forma parte casi obligada de los debates en torno a la cuestión. Buscando evitar este riesgo y no sin alguna osadía solamente justificable en el contexto que preside las discusiones sobre el tema en nuestro país, intento en estas líneas decir algo en torno a la proyección política de los hechos nacionales, tratando de dejar sentada en primer lugar la diferenciación entre nación «política» y «cultural»; poco más se intenta que llamar la atención sobre el carácter apriorístico de la equiparación entre hecho estatal y nacional, insistiendo en el carácter de molde vacío de los derechos nacionales que los distintos momentos del nacionalismo europeo han llenado de acuerdo con criterios e intereses diferentes e incluso antagónicos. Debe advertirse que estas notas no sobrepasan el intento de servir de guía para un estudio de la cuestión que en otro momento querría abordar.

1. NACIÓN «POLÍTICA» Y NACIÓN «CULTURAL»

Parece oportuno comenzar fijando la idea de nación «política» como concepto diferente del de nación como resultado de un proceso político con base en el grupo étnico. El Estado, recuerda Heller (1), no es una

(1) *Teoría del Estado* págs. 181 y ss. México, 1974.

simple función del pueblo y la nación. Por el contrario, resulta en buen número de ocasiones y no solamente en el caso de los modernos estados europeos (hay que tener presente la situación de Iberoamérica, USA, etc.) ser creador de las naciones. Esta idea de la nación según versión «francesa» (2), es, como dice Akzin (3), la que en castellano se usa —cuando menos tanto como la idea de nación de base étnica— para describir qué es la nación y sus «derivados». Estamos ante el concepto de nación «política», basada en una historia y una constitución comunes como precisa García Pelayo (4). El Estado moderno tiene pues en su mano la capacidad de orientar los poderes por él concentrados a la creación de una nación por encima de las singularidades de los distintos grupos étnicos, de los diferentes pueblos, que conviven en el espacio estatal. Es Max Weber quien señala —a propósito de un caso tan complejo como el austriaco— que «...una organización estatal existente... puede ser decisiva empero para crear un poderoso sentimiento de solidaridad, pese a los mayores antagonismos internos. Se valora al Estado como el agente que garantiza la seguridad y, en caso de peligro exterior, esto se halla por encima de todo, se enardecen los sentimientos de solidaridad nacional, al menos de modo intermitente» (5). Más allá de las naciones de base étnica, escribe Mario Albertini, hay que considerar la nación —en tanto que tipo ideal— como la idea correspondiente al Estado burocrático centralizado: «Et l'Etat centralisé ne pouvait subsister sans créer l'idée d'un groupe aussi homogène que le pouvoir était concentré. D'autre part, il en avait les moyens... Le fondement des nations modernes est par suite constitué au point de vue économique par la première phase de la révolution industrielle et au point de vue politique par l'Etat bureaucratique centralisé» (6). Sobre la base de esta idea de nación política, podemos llegar a visiones sustancialmente objetivas entre las que pueden ser indicativas la de Crossman («—la nación— como un pueblo que vive bajo un único gobierno central lo suficientemente fuerte para mantener su independencia contra otras potencias» (7)), o la de C. Friedrich («A nation is a sizeable cohesive group possessing independence —in the relative sense defined by

(2) Sobre la idea de nación según versión «francesa» puede verse A. HAURIU (*Derecho constitucional e instituciones políticas*, Barcelona, 1971) y K. MINOGUE (*Nacionalismo*, Buenos Aires, 1968).

(3) *Estado y nación*, págs. 9 y ss. México, 1968.

(4) *Derecho constitucional comparado*, Madrid, 1954.

(5) La cita se recoge de *Ensayos de sociología contemporánea*, pág. 217; selección de H. H. GERTH y C. W. MILLS. Barcelona, 1974.

(6) *L'idée de nation*, en el libro colectivo del mismo título. París, 1969.

(7) *Biografía del Estado moderno*, pág. 21. México, 1974.

the internacional order of the United Nations— which provides a constituency for a government effectively ruling such a group and receiving from that group the acclamation which legitimizes the government at home and abroad» (8)). No sería correcto sin embargo entender por nación política algo próximo a la pura estatalidad, aunque esa nación pueda no tener en su origen otros lazos de integración que los derivados de la existencia del Estado. Cuando se da reconocimiento a la capacidad del Estado para crear una nación, se está reconociendo la capacidad de ese Estado para dar nacimiento, junto a la historia y la constitución comunes, a unos lazos de solidaridad de orden «cultural», bien por la creación de elementos nuevos a los grupos étnicos integrantes del Estado o por la generalización de elementos culturales característicos de uno de esos grupos al resto de los pueblos incorporados al mismo.

Junto a esta base estatal de la nación, es reconocible la otra gran idea del hecho nacional: la nación que tiene como fundamento la existencia de un pueblo, un grupo étnico diferenciado. Resulta innecesario señalar que el grupo étnico o pueblo no supone per se, la existencia de una nación. Se limita a ser el soporte, la posibilidad no determinante, de una nación por vía cultural. «El pueblo, escribe Leibholz, es, en realidad, algo que existe por naturaleza. Los pueblos, en oposición a las naciones, han existido tanto en la Antigüedad, como en la Edad Media y en la llamada Edad Moderna» (9). La comunicación, el grado de cohesión, destaca para Deutsch como elemento definidor de la idea de pueblo: «Es, entonces, una comunidad de significados compartidos, o más ampliamente aun, un grupo de gente con hábitos de comunicación que se entrecruzan» (10). En cualquier caso, este pueblo se singulariza por unos rasgos peculiares (sean estos la lengua, la geografía, la historia, la consideración subjetiva de la raza, etc.) que producen una identificación entre los componentes de ese pueblo al tiempo que una singularización con relación a otros pueblos: «Este esquema, escribe Akzin, de 'similitud-disimilitud' está constituido por lo que llamamos características étnicas.» (11)

La importancia de los elementos objetivos componentes del pueblo varía en función de los distintos contextos y épocas. Parece claro que no puede afirmarse el carácter decisivo y recurrente de ninguno de ellos, incluida

(8) *The nation: growth or artefact*, en *L'idée de nation*, op. cit.

(9) «Pueblo, nación y Estado en el siglo xx», recogido en *Conceptos fundamentales de la política y la teoría de la constitución*, Madrid, 1964.

(10) *El nacionalismo y sus alternativas*, pág. 21. Buenos Aires, 1971.

(11) *Op. cit.*, pág. 34.

la lengua, que tan significada importancia ha jugado en el nacionalismo europeo. Escribía Weber que al ser la lengua y los medios literarios los valores culturales más accesibles a las masas, resultaba lógico que las mismas asociasen la idea de «nación» con la existencia de una lengua común. Esto, que como señala el propio Weber, se ha producido particularmente en los nacionalismos austriaco, ruso y alemán, pierde cualquier valor de carácter general cuando se contrasta con la evidencia de pueblos diferenciados compartiendo la misma lengua y pueblos que utilizan más de un idioma. Acaso el elemento de mayor proyección universal en la constatación de la singularidad de los pueblos y en su posterior proyección hacia realidades dotadas de poder político, sea la historia; el apasionado recurso a la historia que caracteriza a la vida europea a partir del XVIII, es especialmente visible en este campo: «El despertar de la conciencia histórica, escribe Murillo Ferrol, se puso inmediatamente al servicio de la conciencia nacional. La historiografía hecha desde el punto de vista nacional ha sido, sin duda, el principal elemento en la formación de los nacionalismos» (12).

2. NACIONALISMO Y EL ESPACIO POLÍTICO DE LA NACIÓN

El objetivo de estas notas es plantear las consecuencias políticas del hecho nacional. Evidentemente, este planteamiento queda referido a las naciones culturales puesto que en el caso de las naciones políticas su misma existencia viene dada por la previa realidad del hecho político estatal. De acuerdo con ello, adquiere una importancia significativa determinar en qué condiciones podemos hablar de una realidad nacional de base cultural, cómo y cuando se produce el paso de la idea de pueblo o grupo étnico a la de nación o nacionalidad. Se señalaba antes que, por el propio componente sociológico del concepto de pueblo, su existencia es un fenómeno de secular presencia en la historia. La nación y la nacionalidad de base cultural —con su indiscutible proyección política— es una realidad de difícil rastreo con anterioridad al XIX. Si no puede hablarse con anterioridad a este siglo de una teoría o práctica política construida sobre la peculiaridad de un pueblo, habrá que explicar el surgimiento de la nación o nacionalidad de base cultural sobre fundamentos diferentes a la existencia de aquél. Un consenso general nos señala que el pueblo o el grupo étnico se convierte en nacionalidad (en el sentido de nación no realizada políticamente) o nación, en función de la voluntad del pueblo o grupo étnico de dotarse

(12) *Estudios de sociología política*, pág. 174. Madrid, 1970.

de una organización política. La cuestión se plantearía entonces en la determinación de los factores que empujan a la generación de esa voluntad política.

Lo que podría ser explicación más a la mano, la fuerza objetiva de las similitudes hacia dentro y disimilitudes hacia afuera del grupo étnico, no es sin embargo empíricamente sostenible. Pensar en unas circunstancias coyunturales de carácter político, económico o social para el surgimiento de la nación (entre las circunstancias animadoras de la «toma de conciencia nacional» cabría reseñar la importancia concedida a los choques bélicos con poderes exteriores, a revulsivos internos como el industrialismo, crisis de identidad del grupo, etc.) parece dar un rodeo para la última explicación congruente: la nación surge como consecuencia de unas ideologías nacionalistas cuya génesis y maduración habrá que explicar en función de unos hechos históricos de carácter complejo. Obviamente, esas ideologías nacionalistas deberán contar con un sustrato sociológico —el concepto de pueblo— sobre el que basar las aspiraciones que en cada momento se estimen oportunas. Pero ese sustrato servirá más como base de apoyo que como condicionador estricto del nacionalismo; las ideologías nacionalistas cuentan con la capacidad de efectuar síntesis y sincretismos entre hechos reales y mitos (13). En cualquier caso, como escribe Busquets, «...Al no existir un hecho sociológico único como base de la nacionalidad, cada nacionalismo crea su propia teoría de los valores, en la que siempre tiene valor primario el hecho sociológico que le sirve de base» (14).

Bajo esta consideración, la nación sería el resultado de una presión de las ideologías nacionalistas que llegan a originar la propia realidad nacional en el momento que su presión alcanza un impacto significativo sobre la mayoría del pueblo. Ese momento de la aceptación mayoritaria de las ideologías nacionalistas es el que habría que considerar como la auténtica «toma de conciencia nacional». El hacer de la nación función del nacionalismo parece resolver esas fases fluctuantes e imprecisas con que en ocasiones se explica el paso del grupo étnico a la idea de nacionalidad o nación.

En líneas generales puede resultar cierta la afirmación de Kohn en torno a que el nacionalismo ve en el Estado la forma política ideal para la nación (15). Esta maximalización de los objetivos políticos de una buena parte de las ideologías nacionalistas podría explicarse en parte en el componente psicológico de buena parte de sus defensores: «El nacionalista extremo.

(13) Puede verse al respecto el libro de SHAFER, *Le nationalisme. Mythe et réalité*, págs. 13 y ss. París, 1964.

(14) *Introducción a la sociología de las nacionalidades*, pág. 63, Madrid, 1971.

(15) *Historia del nacionalismo*, México, 1949.

escribe Deutsch, desea que su pueblo tenga todo el poder, la riqueza y el bienestar por el que haya alguna competencia. Desea que su pueblo reciba de otros todo el respeto y la deferencia... Aún cuando pueda estar dispuesto a sacrificarse por su nacionalismo, éste es una forma de egoísmo amplificado» (16); incidentalmente, habría que decir que este «egoísmo amplificado» a que alude Deutsch se podía ilustrar y complementar con las limitaciones, tal como señala M. Cranston, que los nacionalismos están dispuestos a aplicar a los demás de los derechos que reclaman para sí, como suele ponerse de manifiesto en sus posiciones respecto al derecho de secesión (17).

Lo que ha podido ser posición dominante al respecto entre las ideologías nacionalistas no puede ser presentado sin embargo como una «necesidad» inherente a cualquier idea de nación. A menudo se cita la afirmación de Max Weber de que «...la nación es una comunidad de sentimiento que se manifestaría de modo adecuado en un Estado propio; en consecuencia, una nación es una comunidad que normalmente tiende a producir un Estado propio» (18). Pero no se repara en que esa «comunidad de sentimiento» con que Weber se refiere a lo que él considera ambiguo concepto de nación, está haciendo referencia a una realidad subjetiva que quizás no sea otra cosa que la aspiración más generalizada de una ideología nacionalista. Está fuera de dudas la vocación política de la nación; la comprensión de lo nacional —dice otra vez Weber— como «...un tipo especial de 'pathos' que, en un grupo humano unido por una comunidad de lenguaje, de religión, de costumbres o de destino, se vincula a la idea de una organización política propia, ya existente o a la que se aspira» (19). Pero la traducción de esta vocación en términos de estatalidad parece más la herencia de una formulación ideológica nacionalista plasmada en el «principio de las nacionalidades»

(16) *Política y gobierno*, pág. 127. Madrid, 1976.

(17) Escribe CRANSTON sobre este punto: «Could the nationalist even wish the right of secession to the universalised? Did the American nationalists grant the right of secession to their southern states; or the Irish nationalists concede it to the Orangemen, the Cypriot nationalists to the Turkish Cypriots; the Indian nationalists to their minorities? Of course not. In nationalist ideology, secession is for me, not for you. It claims rights, but it does not concede them». En «The Roots of Nationalism» recogido en el libro colectivo *L'idée de nation*, op. cit., pág. 66. Un estudio particularmente interesante sobre las explicaciones de base psicológica del fenómeno nacionalista es el de F. Hertz, «Nationality in history and politics», London, 1957; complementando estas observaciones en torno a la base egoísta del nacionalismo, debería tenerse particularmente en cuenta la llamada de atención que Hertz hace en este libro al efecto compensado de las ideologías nacionalistas sobre las ilustraciones personales; pág. 274 y 55.

(18) Se recoge igualmente la cita de *Estudios de sociología contemporánea*, op. cit., pág. 216.

(19) *Economía y sociedad*, pág. 327. México, 1969.

y acriticamente asumida por un muy amplio sector de los estudiosos del tema, que la comprobación de una evidencia.

Sería interesante conocer la opinión de un buen número de defensores de la identidad nación-Estado ante las realidades nacionales que puedan surgir en el ámbito de sus naciones políticas. Previniéndose contra el riesgo de secesión, Renan hablaba de una nación como «...la desembocadura de un largo pasado de esfuerzos, de sacrificios y de abnegaciones» y añadía, de modo harto confuso, que «...las verdades de este orden (la libre determinación de los pueblos) no son aplicables sino en su conjunto y de una manera muy general» (20). No parece que la existencia en el pasado pueda ser condición razonable para reconocer o negar los derechos políticos de la nación. Las naciones aparecen, viven y mueren y las surgidas en un tiempo posterior no es lógico que puedan ser privadas de derechos reconocidos a las naciones que les anteceden en el tiempo. O se niega la condición de nacionalidades a aquellos pueblos cuyo nacionalismo ha generalizado tardíamente su conciencia nacional, o se reconoce un universal derecho a la secesión quebrantando, al margen de otras consideraciones, el derecho a la supervivencia de las naciones políticas que engloban en su seno nacionalidades culturales, o se admite —rechazándose por apriorística la identificación entre Estado y nación— la posibilidad de que las naciones culturales alcancen su condición de nación con un tipo de organización político-administrativa de carácter no soberano.

Parece obvio que puedan existir realidades nacionales de base cultural que han vivido y viven al margen de esa vocación estatal. «Esta voluntad política (la de las naciones) no precisa, escribe H. Heller, orientarse hacia la unión en un Estado. Y así puede acontecer que una minoría nacional que se organiza, dentro del Estado a que pertenece, en la unidad política de un partido o un grupo cultural, no tenga el menor propósito irredentista» (21). Buena prueba de ello es la existencia de nacionalidades culturales en convivencia con nacionalidades políticas (22), fenómeno que se ha producido en buen número de estados europeos desde que a favor del despliegue histórico del nacionalismo, buena parte de los pueblos o grupos étnicos

(20) *¿Qué es una nación?*, págs. 106 y ss. Madrid, 1957.

(21) H. HELLER, *op. cit.*, pág. 178.

(22) Otra cosa es la posibilidad de que esta convivencia pueda ser rechazada por los nacionalismos animadores de naciones culturales englobadas en el marco de naciones políticas. LAFONT señala el ejemplo de la negación de la realidad por parte de los nacionalismos centrifugos franceses con relación al hecho nacional francés (*La révolution régionaliste*, París, 1967); el hecho es obviamente extensible a otros nacionalismos desintegradores dentro de los estados occidentales europeos.

integrantes de los estados surgidos de la modernidad europea, han trascendido desde el siglo XIX a la condición de nacionalidades o naciones, dotadas de diferentes formas de autonomía político-administrativa en el seno de esos estados. La pretensión de reestructurar el Estado, puede ser —escribe Solé Tura— un elemento clave en la formación de una nación moderna, de modo semejante a la construcción de un nuevo Estado (23). En cualquier caso, y de acuerdo con lo dicho respecto al papel decisorio de las ideologías nacionalistas, vamos a ver, en un apresurado panorama, la posición de las mismas ante el tema.

3. NACIONALISMO Y LIBERALISMO

Me he referido a la evidencia de la modernidad del hecho nacional como fuerza protagonista en la historia europea. A los testimonios aducidos hasta aquí puede añadirse el claro juicio de Kedourie: «Nationalism is a doctrine invented in Europe at the beginning of the nineteenth century. It pretends to supply a criterion for the determination of the unit of population proper to enjoy a government exclusively its own, for the legitimate exercise of power in the state, and for the right organization of a society of states» (25). Las ideologías nacionalistas surgen en el XIX estrechamente ligadas a la ofensiva liberal en un triple sentido: como justificación ideológica de la propia realidad del estado liberal, como arma liquidadora de las viejas legitimidades y como consecuencia de la aplicación de los principios liberales a las realidades étnicas. Por lo que hace a la justificación del estado liberal, escribe Duverger: «Los artífices de la revolución francesa utilizaron el nacionalismo ante todo, para crear una especie de lazo social, un espíritu de comunidad, independiente de la adscripción a la monarquía» (26); en el mismo sentido escribe P. de Vega: «El Estado vendría así justificado como creación no del príncipe, sino de la voluntad general de los ciudadanos, y el nacionalismo como concurrencia de voluntades, espontánea y libre para la creación del Estado» (27).

El efecto disolvente de las ideologías nacionalistas sobre el viejo orden

(23) «Historiografía y nacionalismo», pág. 103. Recogido en *Once ensayos sobre la historia*, Madrid, 1976.

(24) *Op. cit.*, pág. 20.

(25) *Nationalism*, London, 1978, pág. 9.

(26) «A dónde va el nacionalismo», pág. 235. Recogido en *Las ideologías y sus aplicaciones en el siglo XX*, Madrid, 1962.

(27) «El carácter burgués de la ideología nacionalista», *Sistema*, n.º 16, Madrid, 1977.

européo difícilmente puede ser exagerado. «De la misma manera que el principio democrático de soberanía nacional implicaba una ruptura con el pasado monárquico legitimista en el gobierno de los estados, el principio nacionalista subvertía el orden público continental que, con más o menos variaciones, continuaba adscrito a las ideas establecidas en Wetsfalia en 1648» (28). La vocación estatal de las nacionalidades, el principio de las nacionalidades, hay que comprenderlo en la acción y reacción despertada por el imperio napoleónico, la lucha del liberalismo europeo contra el legitimismo en retirada y la opresión de los viejos imperios; ciertamente el nacionalismo europeo no se limitó a acelerar la descomposición de los imperios turco, austrohúngaro o ruso y a dar impulso a la existencia de Bélgica, Italia o Alemania, sino que además animaría en un importante número de estados europeos el surgimiento de nacionalismos con base tanto en la nación política como en las naciones culturales integradas en las naciones políticas. Por último, parece evidente la posibilidad de traslación que se planteaba de los principios de autonomía y libertad de la esfera individual a la de los pueblos.

En este momento inicial del nacionalismo europeo, nacionalismo al servicio de unos estados liberales, es indiscutible el papel clave que habrían de jugar las «inteligentzias» nacionalistas; a la vista de la importancia de los hechos culturales en las reivindicaciones nacionalistas, parece claro, como dice Max Weber, que los intelectuales, entendiendo por el término «...un grupo de personas que en virtud de su peculiaridad, poseen acceso especial a ciertas realizaciones consideradas como 'valores culturales' y que, por ello, usurpan el mando de una 'comunidad cultural'» (29) estaban predestinados a convertirse en los propagadores de la idea nacional.

4. NACIONALISMOS Y CONSERVADURISMO

El liberalismo no termina de explicar sin embargo —máxime a la vista del giro posterior de las ideologías nacionalistas— la génesis del nacionalismo. A este respecto, hay que valorar las agudas observaciones de Kedourie respecto a las frustraciones de unas «inteligencias» nacionalistas en un momento de reformulación en profundidad del orden económico, social, político e ideológico europeo (30). La modernización de las sociedades europeas

(28) VICENS VIVES, *Historia general moderna*, pág. 330, tomo II, Barcelona, 1967.

(29) Recogido en *Estudios de sociología contemporánea*, op. cit., pág. 210.

(30) *Op. cit.*, págs. 43 y ss.

en el XIX podría ser, por otro lado, un factor importante en el surgimiento del nacionalismo, del mismo modo que parece serlo en las sociedades tercermundistas en el XX, en tanto que ideologías dulcificadoras de los trastornos implícitos en todo proceso de modernización. Ligado a ello, deberá darse reconocimiento a la animación que el industrialismo supone a las ideologías nacionalistas que actuarían como respuesta a la alteración de modos de existencia seculares de determinadas instancias sociales (31). Al margen del impacto del industrialismo, es posible, como indica Duroselle (32), que sea demasiado escaso el número de estudios sobre los orígenes económicos de los nacionalismos y que por vía del estudio de las desigualdades económicas pueda darse una explicación adecuada al surgimiento de algunos de ellos.

Hay que subrayar sin embargo las diferencias que se perfilan entre los primeros nacionalistas europeos del XIX. Si como Akzin recuerda las posiciones más representativas ante el tema en Gran Bretaña es la de Carlyle, Coleridge o lord Acton, es igualmente cierta la existencia de posiciones filonacionalistas que pueden estar representadas por Byron, Stuart Mill o Disraeli. Pero como Kedourie ha subrayado, se trata de un filonacionalismo de raíces liberales, fiel a la idea de autogobierno y ajeno al rumbo del nacionalismo alemán. El pensamiento político francés permanece inicialmente distanciado de unas ideologías nacionalistas que necesitarían el revulsivo de Alsacia y Lorena para motivar la respuesta de Renan con una formulación voluntarista del concepto de nación que, como ha escrito Fernández Carvajal (33), se limita sin embargo por el conjunto moderado del pensamiento político del autor. Será el pensamiento alemán el que generará una ideología nacionalista llamada a tener largo alcance y a orientar el desarrollo posterior de una buena parte de los nacionalismos. Si A. D. Smith (34) ha criticado a Kedourie la identificación que este último hace del nacionalismo orgánico alemán con las ideologías nacionalistas europeas, debe reconocerse sin embargo que estas ideologías han permanecido íntimamente ligadas a los supuestos de este nacionalismo en mayor medida que cualquiera otros. Pero veamos como define el propio Smith los trazos fundamentales de este nacionalismo alemán: «La versión del nacionalismo elaborada por los románticos alemanes —notablemente por Fichte, Schlegel, Schleiermacher, Arndt, Jahn y Müller— podría llamarse con más exactitud la versión 'orgánica'. Mantiene ésta

(31) Puede verse al respecto, por lo que hace al caso vasco, J. JOSÉ SOLOZÁBAL, *El primer nacionalismo vasco*, Madrid, 1976, págs. 26 y ss.; del mismo autor, *Formación y génesis de la conciencia nacional*, BERRIAK, San Sebastián, 1976.

(32) *Europa desde 1815 a nuestros días*, pág. 135. Barcelona, 1967.

(33) Prólogo a la edición española de *¿Qué es la nación?*, de Renua, *op. cit.*, pág. 65.

(34) *Las teorías del nacionalismo*, Barcelona, 1976.

que el sujeto de la historia es la nación, un fenómeno a la vez único, 'natural' y 'objetivo'. La nación se sitúa por encima de los individuos que la componen y sus miembros poseen características mentales comunes que son objetivamente discriminables y que los distinguen de los no miembros... De estas diferencias externas debemos inferir un 'espíritu' distintivo de la nación, con su propio poder causal independiente» (35). Ni que decir que la reivindicación de un espacio estatal para hechos nacionales definidos en estos términos, deviene en una exigencia.

Hacia finales del XIX y paralelamente a la influencia creciente de este nacionalismo alemán, se produce el desligamiento, tantas veces señalado, de las ideologías nacionalistas del liberalismo. En Francia, dice Duverger, el nacionalismo viene a ser el sustituto de la causa monárquica para la derecha más intransigente. La burguesía, escribe P. de Vega, luchará por conservar el control del Estado sustituyendo la llamada a la libertad y la democracia por la movilización de los hechos nacionales; como resume Solé Tura, superados los riesgos del antiguo régimen y constatadas las diferencias de intereses con el proletariado, la burguesía «...acentuaba el aspecto místico, irracional, voluntarista de su nacionalismo e insistía en la 'mística especial' de cada pueblo, en la 'voluntad común', en el carácter voluntarista de la unidad nacional» (36). Lo cierto es que las voces de Barrès, Peguy Chamberlain o Maurras sustituirán con ventaja las reivindicaciones nacionalistas de Michelet, S. Mill o Mazzini.

5. NACIONALISMO Y MARXISMO

La referencia a la relación marxismo-nacionalismo es obligada tanto por su obvia incidencia como por el hecho de que fuese el marxismo quien por primera vez, como señala Smith, y con las limitaciones sabidas, asumiese la consideración del tema desde perspectivas parcialmente sociológicas: «Kautsky, Luxemburgo, Bauer, Renner, Lenin y Stalin, dice Smith, escribieron todos ellos panfletos sobre el tema, principalmente por razones tácticas, pero necesariamente basándose en supuestos teóricos básicos. De hecho, estos fueron los intentos más claramente sociológicos de explicar el nacionalismo hasta la década presente» (37). Aunque el tema no preocupó de modo fundamental a Marx, parece claro que de sus observaciones al

(35) *Idem*, pág. 43.

(36) *Catalanismo y revolución burguesa*, pág. 142. Madrid, 1970.

(37) *Op. cit.*, pág. 355.

respecto puede deducirse un marco de referencia para las posteriores consideraciones del marxismo al respecto. Resumiendo lo expuesto por S. Bloom (38), el problema nacional interesaría a Marx en tanto la existencia de los diferentes marcos estatales condicionan el desarrollo de la lucha de clases y la revolución emancipadora de la clase trabajadora. La última ratio determinante de la existencia de una sociedad autónoma se derivará de su capacidad para hacer frente a una maduración del capitalismo, antesala de la construcción de una sociedad socialista. La estrategia de la revolución condiciona por otro lado decisivamente la viabilidad o no de las reivindicaciones nacionales. El humanismo marxista pasa por un profundo respeto, por una positiva valoración, de las diferencias culturales cara al enriquecimiento de la vida y la personalidad de los pueblos, aunque no deduzca de ello consecuencias políticas para la reformulación por causa de las mismas del orden estatal europeo. Respecto a los nacionalismos, Marx tiene siempre bien presente los condicionamientos clasistas de estas ideologías. Al referirse Bloom a la conciencia de Marx acerca de la tendencia de las clases a imaginar la nación e incluso la especie humana de acuerdo con sus particulares intereses (39) recuerda su irónica referencia en «El 18 Brumario de Napoleón Bónaparte» al casi literal entusiasmo por el «suelo francés» de los campesinos movilizados, cuyo patriotismo resultaba la forma ideal de su sentido de la propiedad rural.

Nada más ajeno a Marx, escribe Rodinson (40), que la imagen de un nacionalista de acuerdo con el patrón del nacionalismo alemán o del tercer mundo actual. El marcó la orientación posterior del marxismo a considerar las reivindicaciones nacionalistas de acuerdo con las necesidades del proceso revolucionario. Dentro de la fidelidad a la pauta inicial, debe darse reconocimiento a las diferentes posiciones posteriores. La ortodoxia social-demócrata no fue ajena, y Kautsky resulta también en este caso portavoz significativo, a la defensa del derecho de autodeterminación como medio de dificultar la política colonial de las potencias europeas. Si pese a ello el propio Kautsky y Rosa Luxemburgo pueden presentarse como continuadores de la posición marxista, la singularidad más relevante en el panorama de la II Internacional viene marcada por el austro-marxismo. Bauer, Renner (41) y el resto de los marxistas austriacos preocupados por el problema nacional

(38) *The world of nations. A study of the national implications in the work of K. Marx*, New York, 1967.

(39) *Idem*, pág. 76.

(40) *El marxismo y la nación*, pág. 13, Barcelona, 1975.

(41) Sobre estos autores puede verse la antología de textos realizada por Ed. Avance: *El marxismo y la cuestión nacional*, Barcelona, 1976.

no deben ser entendidos sin embargo como una revisión en profundidad de los criterios marxistas sobre la cuestión; desde el Congreso de Brunn de 1899 el socialismo austriaco busca dar un tratamiento político a las tensiones nacionalistas del Imperio que impida la liquidación en última instancia del Estado; pese a su defensa teórica del derecho de autodeterminación, pese a su profunda valoración del hecho nacional, hay una evidente negativa a reconocer la desintegración de aquél; su conceptualización de la idea de nación, la insistencia de Renner en torno a la conveniencia de dar una base personal y no territorial a la nación, hacen pensar en un esfuerzo de desarme teórico del nacionalismo a través de su reconciliación con el socialismo; como escribe Rodinson, «...son estas cuestiones tácticas y organizativas las que provocaron las discusiones primordiales y empujaron a unos cuantos intelectuales a la teorización. No es la teoría la que dirigió las opciones» (42). Esta sería la explicación última de la contradicción que en torno al nacionalismo del austro-marxismo señalase Akzin: «...dieron una explicación detallada a un punto de vista que reconocía la autodeterminación nacional como un principio generalmente válido, pero trataban de satisfacer las reclamaciones nacionales, siempre que fuera posible, sobre la base del federalismo de la autonomía territorial o personal, deteniéndose de golpe ante la demanda de una independencia absoluta» (43).

Al margen del austro-marxismo, no hay nada parecido —en cuanto a aproximación a las ideologías nacionalistas— en el socialismo europeo de 1880 a 1918. Ni dentro de la ortodoxia social-demócrata inspirada por el grueso de la social-democracia alemana ni dentro del revisionismo. Como resume Cole, «...muchos socialistas sentían un agudo malestar ante el nacionalismo, que en sus propios países era simplemente una influencia reaccionaria y militarista y no hacían distinción entre los nacionalismos de los países independientes y los de aquellos sujetos al dominio europeo» (44). Hay que esperar al surgimiento del comunismo para encontrarnos con posiciones claramente oportunistas (Lenin y Stalin), dispuestas a proclamar un derecho a la autodeterminación, bien entendido que «...eso no significa que deba hacerlo bajo cualesquiera condiciones, que la autonomía o la separación sean siempre y en todas partes ventajosas para la nación, es decir, para la mayoría de ella, o sea, para las capas trabajadoras» (45). La interpretación

(42) *El marxismo y la nación*, págs. 16 y ss., *op. cit.*

(43) *Op. cit.*, págs. 23 y ss.

(44) G. D. H. Cole, *Historia del pensamiento socialista*, tomo VI, pág. 377. México. 1958.

(45) STALIN, *El marxismo y la cuestión nacional*, pág. 35; recogido en *El marxismo, la cuestión nacional y la lingüística*, Madrid, 1977.

que Stalin hace de los intereses de la clase trabajadora respecto al problema nacional será la oportunidad de comprobar el carácter rigurosamente retórico y táctico de unos principios que acaban por ser sustituidos por un nacionalismo ruso-soviético construido sobre una nación, de acuerdo con los criterios teóricos de Stalin, inexistente (46).

Merece subrayarse sin embargo que, tras esta consideración fundamentalmente táctica que realiza el marxismo, se esconde una respuesta en profundidad al tema nacional y a las ideologías nacionalistas. Sería cuestión a reflexionar por último, la insospechada inversión para los teóricos marxistas que andando el tiempo, podría hacerse a la relación instrumental con que se contempla entre ellos el nacionalismo. Circunstancia realmente notable que solamente el vigor y la simplicidad de las ideologías nacionalistas podría intentar (47).

(46) Una exposición resumida sobre la relación comunismo-nacionalismo puede verse en H. CARRERE, «Communismo et nationalisme», *Revue française de science politique*, abril, 1971, el trabajo antes citado de RODINSON y H. DAVIES, *Nacionalismo y socialismo*, Barcelona, 1972. En cualquier caso, y para una consideración más extensa del tema, deberían verse los trabajos de D. BOERSNER, J. SPILIMBERGO, K. DADRIAM, G. HAUPT y M. REBERIOUX y R. PIPES.

(47) Algo semejante a esto parece desprenderse de las palabras de COSTA PINTO cuando alude al fantasma del nacionalismo que en el siglo XX amenaza al comunismo de modo paralelo a la amenaza de «el fantasma del comunismo» sobre las burguesías nacionales del XIX (*Nacionalismo y militarismo*, pág. 11, México, 1974). Pero el problema no quedaría limitado al tercer mundo y América latina. En España tenemos un caso digno de consideración al respecto en el actual panorama político del País Vasco. La bandera marxista asumida por un importante sector de E.T.A. y el espectro de fuerzas políticas abertzales ligadas a ella para la política extra-terrorista. ¿Ha supuesto una aproximación objetiva a una hipotética transformación revolucionaria del País Vasco o por el contrario se ha limitado a revitalizar una ideología nacionalista amenazada por su control crónico por parte de la derecha vasca más inmovilista? Mi impresión es que una transformación revolucionaria del País Vasco en un sentido marxista sigue siendo una opción ajena a la voluntad mayoritaria del País Vasco y desde luego algo sin posibilidad alguna de realización cualquiera que fuesen los procedimientos anti-democráticos puestos en juego. En cambio, el nivel de movilización nacionalista en el País —en buena parte como consecuencia del activismo de la izquierda nacionalista— no es comparable con ninguna etapa anterior. El resultado objetivo, al margen de las intenciones de los protagonistas que es posible que en buena parte coincidan con ese resultado objetivo, ha sido que la utilización ideológica del marxismo por un amplio sector de la izquierda nacionalista ha terminado por ser tan eficaz cara a la sensibilización nacionalista como irrelevante cara a la transformación revolucionaria del País Vasco.

Esta relación instrumental del marxismo por parte de las ideologías nacionalistas no oculta la «otra cara de la moneda» que protagoniza hoy la extrema izquierda. Se ha lanzado ésta en Europa a tumba abierta en la explotación de unas tensiones regionales o nacionales que, de modo parecido al problema feminista, las campañas anti-nucleares, los problemas ecológicos

Haciendo ya un alto provisional en lo dicho hasta aquí, parece evidente que el nacionalismo europeo ha tendido a proyectar las más amplias ambiciones políticas para la nación cultural, que las ideologías nacionalistas han animado la vocación estatal de los pueblos devenidos por su acción en realidades nacionales. Además, el nacionalismo, tras su ruptura con el liberalismo, ha jugado en Europa predominantemente el papel de cobertura ideológica de los sectores e inclinaciones más reaccionarios de los estratos dominantes, sin que ello sirviese de obstáculo para la instrumentalización más o menos activa del nacionalismo por el movimiento obrero y particularmente por el movimiento comunista. La portentosa capacidad del nacionalismo para la confusión entre hechos culturales y realidades políticas, entre nobles llamadas a la libertad y el autogobierno y directas insinuaciones sobre el disfrute inmediato de «todo el poder», su condición de molde vacío en que todas las combinaciones resultan posibles, su eficaz llamada al interés individual inmediato proyectado en el marco de referencia vital más próximo, todo ello, ha hecho y sigue haciendo del nacionalismo un pluriforme fenómeno ideológico contra el que acaso solamente los oídos europeos pueden estar inmunizados.

o la contestación estudiantil, encierran —según su criterio— renovadoras potencialidades revolucionarias. Las nacionalidades son hoy la gran esperanza de una parte significativa de esa extrema izquierda, afanada en la absolutamente imprescindible revisión del marxismo al respecto para hacerlo adecuado a su ilusión. Para ello, los hechos nacionales pueden ser clasificados en dos grandes grupos: los que han alcanzado ya sus reivindicaciones políticas y los que no lo han hecho. Los primeros deben ser invalidados puesto que obviamente no han servido a la causa de una transformación revolucionaria. Solo los segundos, por el mero hecho de no haber trascendido políticamente y por arrastrar tras de sí una relativa agitación política, son considerados como revolucionarios. A modo de ilustración de esta posición valgan estas líneas de la Commission Bretagne, LCR de Brest: «Cette dissociation que nous avons tenté d'opérer entre "l'état-nation", instrument de domination de la bourgeoisie, support institutionnel du nationalisme, et la "nationalité" relativement indépendante des rapports de classe et appelée à s'épanouir au-delà du renversement de la bourgeoisie, est d'une importance décisive dans l'actuel débat sur les minorités nationales», en *Critique communiste*, n.º 10, París, 1977.